

Mayo 2006

¿Pararán los paros?

“En las democracias occidentales más avanzadas, el diseño y adaptación de los contenidos de información que llegan a la opinión pública no son desarrollados por los actores políticos, sino por equipos de expertos, consultores políticos y asesores”. (Carlos Salas Lind)

La historia no sólo está llena de memorables ejemplos de movimientos sociales contra los sistemas políticos y sociales imperantes, sino también de los grandes intentos que se han hecho por detenerlos.

Mientras que en una dictadura se ha recurrido a lo más simple y primitivo; la represión brutal, en los sistemas democráticos (dependiendo de su perfección o imperfección), son las estrategias comunicativas de persuasión las que han ido desplazando el uso de la fuerza como forma de contener los efectos negativos que un proceso de movilización social puede inferir a la estabilidad del sistema.

En las democracias occidentales más avanzadas, el diseño y adaptación de los contenidos de información que llegan a la opinión pública no son desarrollados por los actores políticos, sino por equipos de expertos, consultores políticos y asesores (quienes normalmente poseen un sólido conocimiento en política, economía y comunicación).

Las técnicas son variadas y los resultados son, a veces, muy sorprendentes. Basta nombrar como ejemplo la gran adhesión, a pesar de las contundentes pruebas en sentido contrario, que el presidente Bush logró en torno a su argumentación sobre el grado de peligrosidad que el ex-dictador Iraquí Saddam Hussein, representaba para la seguridad de occidente.¹

En Chile, el sistema democrático no ha estado ajeno a la profesionalización del proceso de incorporación de estrategias comunicativas de persuasión en el quehacer político.

Como último ejemplo hemos visto el debut comunicacional del gobierno de Michelle Bachelet, en su intento de contener la primera gran crisis social de su administración canalizada por el movimiento estudiantil.

Lamentablemente la impresión dejada por el trabajo comunicacional del actual gobierno en este caso, ha sido la de un accionar débil, poco consistente y en muchos aspectos muy improvisado.

A simple vista es fácil constatar, que las tácticas utilizadas por el ejecutivo han estado extremadamente sujetas a los resultados de la acción estudiantil.

De esta manera se buscó bajarle el perfil al movimiento estudiantil y esperar que esto se reflejara en un accionar limitado y poco traumático para la normalidad institucional.

Probado el desacierto gubernamental, ante el gran nivel de organización y éxito de adhesión a la convocatoria estudiantil, los errores pudieron perfectamente haberse limitado a eso, a una simple subestimación del conflicto.

Sin embargo, el ministro de educación cae en un error mucho más serio al enviar señales contrapuestas a quienes invitó a negociar. Esto se reflejó en el intento apresurado de debilitar la movilización estudiantil, pero de forma torpe, con tácticas antiguas y de probado mal gusto.

¹ A propósito de este ejemplo y otros más, se han levantado muchas voces denunciando la verdadera “manipulación profesional” que el abuso de estos recursos crea, advirtiendo de paso las consecuencias destructivas que la explotación de estrategias comunicacionales genera para los principios fundamentales de la democracia

Doble ofensa para los jóvenes que justamente buscan ser tratados con la misma seriedad que los actores sociales de la actividad productiva.

Obviamente ahora la participación del ministro de educación en las negociaciones ya no es un sello de garantía y seriedad. Esto ha quedado en evidencia con la demanda estudiantil de comprometer directamente a la jefe de estado de una manera, por cierto, no muy elegante (con su firma).

Con todo lo criticable, la buena noticia para el ejecutivo es que la percepción de la ciudadanía sobre el quehacer político no es unidireccional. Por lo tanto no solamente es el accionar del gobierno, sino el de todos los actores involucrados, el que está siendo monitoreado por la opinión pública.

En este sentido la percepción ciudadana dada a conocer en la última encuesta, a pesar de evaluar pésimamente el manejo de la crisis, le abre al ejecutivo nuevos espacios para recuperar los puntos perdidos.

Este es el caso, porque junto a la inmensa mayoría de los chilenos que considera justa las demandas de los estudiantes, se observa también un interés mayoritario en que el estado de movilización llegue a su fin.

Todo indica que el gobierno ya ha tomado nota de esta percepción, y ha comenzado a girar los dardos en dirección a la derecha.

Aún cuando los jóvenes han decidido continuar con su movilización, la percepción ciudadana también ha comenzado a recordarles que los apoderados no ven con buenos ojos la prolongación de una anomalía que a la larga perjudica sus estudios. Un estado de movilización, sin el apoyo incondicional de los padres, inevitablemente perderá el “momentum” que los dirigentes estudiantiles más duros buscan mantener.

Nuevas posibilidades se crean y la maquinaria comunicacional de todos los actores políticos y sociales tendrán nuevas oportunidades de posicionarse en la opinión pública.

Independientemente de lo justificadas que sean nuestras aprensiones sobre esta realidad, el desarrollo de buenas estrategias comunicacionales de persuasión es inmensamente menos traumática, y por ende mucho más aconsejable que la represión y el desorden.